

CRÓNICA DE LA INDEFENSIÓN

Rafael Berástegui

Un reciente documento de trabajo de presbíteros de las provincias orientales de Cuba, destinado a analizar la situación casi dos años después de la visita del Papa, advierte la existencia de un “síndrome de indefensión” inducida por la propaganda del gobierno, que hace que las personas asuman que el cambio es imposible o que desembarcaría en caos. Según el documento, el síndrome se extiende a la jerarquía católica cubana y para revertirlo se debe “despertar la creatividad y alentar la participación de la población”.

Rafael Berástegui comparte el diagnóstico. Sin embargo, recalca que, en las condiciones específicas de Cuba, aplicar el remedio resulta más difícil de lo que parece. Al respecto, narra experiencias poco conocidas de los años 1987-1989, cuando, al calor de las reformas de Mijail Gorbachov en la ex Unión Soviética, creatividad y participación flamearon por un corto período en la isla. La relativa facilidad con que las autoridades sofocaron entonces el movimiento ilustra algunas características de la indefensión cubana y de los recursos de contención de que dispone el gobierno. Se plantea que, pese a estar disminuidos por las nuevas condiciones internas y externas, esos recursos siguen siendo poderosos.

RAFAEL BERÁSTEGUI. Periodista y analista político cubano. Ex editor internacional de Radio Rebelde. Salió de Cuba en 1990 y reside en Chile desde entonces. Profesor de la Universidad Arcis.

Las dificultades de la lenta recomposición del tejido social en Cuba pueden hacer pensar que allí la tortuga nunca conseguirá alcanzar la liebre. Funcionan variadas agrupaciones cívicas independientes. Pero son minúsculas, fraccionadas e inexpertas: se requiere mucho más para conquistar espacios significativos. En especial, si del otro lado hace resistencia un orden político muy singular, fundido con lo nacional y con un líder carismático de las dimensiones del Presidente Fidel Castro. Según el discurso gubernamental, cualquier cambio de fondo en el modelo pondría en riesgo las conquistas sociales y la nación cubana. Un reciente documento de presbíteros de las provincias orientales¹, que analiza la situación en Cuba después del Papa, denuncia un “síndrome de indefensión o desesperanza” inducido y generalizado, el cual estaría afectando también a la Iglesia católica. El polémico texto explica así la instrumentación de la visita del Sumo Pontífice (enero 21-25, 1998) por el gobierno fidelista para sus fines de propaganda exterior y reafirmación del inmovilismo.

Tiempos de *perestroika*

Si, como indican los presbíteros, el estado de indefensión se configura a partir de que las personas asumen que es imposible el cambio, o que el cambio acabará en caos, era muy diferente el período 1987-1988 que viví en Cuba. La *perestroika* provocaba taquicardias políticas cuando concluí mis tres años como corresponsal en Centroamérica de la emisora cubana Radio Rebelde (RR) y me reincorporé, en 1987, al cargo de editor internacional y comentarista. En Managua, las cartas de familiares y amigos me habían mantenido al tanto del entusiasmo que despertaba Gorbachov en la población. Los cubanos creían que el cambio estaba al doblar de la esquina. A través de los funcionarios de la misión diplomática de mi país en la capital nicaragüense, también conocí el creciente malestar del Partido Comunista de Cuba (PCC) con el recorte paulatino de la ayuda soviética a los movimientos de liberación de América Latina y el descompromiso con Centroamérica, en particular con la Nicaragua sandinista. De vuelta en La Habana supe que eran muchas más las razones del malestar del PCC y que caldeaban sus pasiones. El tema fijo de las reuniones periódicas de editores de medios con encargados de la línea ideológica del partido era el chequeo de las medidas para contrarrestar la influencia en Cuba de la *perestroika*,

¹ “Cuba después del Papa”, publicado por el *Miami Herald*, 29 de septiembre de 1999, p. 29A. Véase texto en anexo al final del artículo.

cuya nocividad se equiparaba en esos encuentros con las emisiones desde Miami de Radio Martí. A la salida de las reuniones en el Palacio de la Revolución, sede del Comité Central del PCC, los editores nos guardábamos turnos en la fila para comprar el semanario *Novedades de Moscú* o las revistas *Sputnik* y *Tiempos Nuevos* antes de que se agotaran en los quioscos.

Los cables de la agencia oficiosa cubana Prensa Latina, de los cuales se nutrían los periódicos y noticieros de TV habaneros, privilegiaban las declaraciones y actividades de Egor Ligachev, por entonces el principal oponente de Gorbachov. El Departamento de Orientación Revolucionaria del partido, que fijaba y controlaba la línea editorial del conjunto de los medios, concedía alguna autonomía a RR, vocera revolucionaria fundada por Che Guevara en 1958 en la Sierra Maestra. Tal autonomía complementaba una programación basada en revistas y noticieros atractivos, con vasta cobertura periodística nacional e internacional y gran potencial difusor, que la mantenían entre las preferidas del público.

El corresponsal de RR en Moscú era el periodista Víktor Ampílov, líder hoy de los comunistas rusos más ortodoxos, cuyos despachos eran tendenciosamente antirreformistas. Como en el resto de los medios cubanos, los acontecimientos en la Unión Soviética acaparaban buena parte del tiempo dedicado a los asuntos del mundo. La emisora balanceaba la óptica de Ampílov con la divulgación de noticias moscovitas procedentes de fuentes diversas y comentarios elaborados en nuestra redacción. Estos comentarios evitaban resaltar demasiado a Gorbachov y sus llamados a la *glasnost* y la *perestroika*, a la vez que buscaban ampliar la cultura política del radioescucha. El análisis de la coyuntura soviética solía dar pie a que se expusieran en la radio —por primera vez en Cuba socialista— las ideas de pensadores como el teórico comunista italiano Antonio Gramsci (1891-1937) y de Nikolai Bujarin (1888-1938), intelectual bolchevique ejecutado durante las purgas estalinistas. Los comentarios de RR abordaban temas que no eran ya tan relevantes en el contexto de la discusión en la URSS gorbachiana, pero que posibilitaban un pronunciamiento parabólico sobre aspectos tabú de la realidad cubana (culto a la personalidad, hipercentralización del poder, etc.).

Fidel, que sentía su protagonismo constreñido y una desviación capitalista en ciernes, había comenzado poco antes a multiplicar las comparecencias televisadas en actos de masas. Convocó al Proceso de Rectificación de Errores que liquidó el ensayo de reforma económica contemplado en el Sistema de Dirección y Planificación de la Economía Nacional (SDPEN, 1976-1985). La reforma, que disminuyó un poco la centralización económica, autorizó algunos mecanismos de mercado, autofinancia-

miento de las empresas basado en créditos bancarios y expansión de los incentivos económicos. A pesar de que el SDPEN tuvo defectos de implementación y expandió el déficit en la balanza comercial, mejoró la alimentación y el consumo.

El pago de horas extras servía a las empresas para paliar el incumplimiento de las metas de producción o servicios. Sin embargo, antes y después del SDPEN los administradores disponían de colecciones de instrumentos para ocultar la gestión deficiente. Por lo demás, las horas extras remuneradas aportaban racionalidad al ámbito laboral. Porque los capaces y eficientes ganaban más y recibían prestigio social, en detrimento de quienes disimulaban insuficiencias o flojeras tras el activismo político. Estos últimos saludaron la tabla de salvación que significó el ataque de Fidel a las ‘prácticas capitalistas’ en las empresas. Se anunció el reemplazo del SDPEN por un modelo recentralizador que, aunque nunca llegó a ponerse en práctica, se asoció con la disminución del crecimiento económico, con otro giro hacia los apelativos ideológicos como motor de la economía y la vuelta al desabastecimiento. Los descontentos rebautizaron el Proceso de Rectificación como ‘Proceso de Ratificación de Errores’.

Menos problemas se tuvieron con la Iglesia católica, considerada por el gobierno la principal fuente potencial de oposición. Probablemente se contaba con que el clima nacional de improvisación y provisionalidad afectaría por igual a la jerarquía eclesiástica, donde recién se instalaban obispos dialoguistas poco avezados en las relaciones con el Estado. Este último, mientras tanto, asimilaba las experiencias positivas y negativas de los nicaragüenses con sus obispos, las congregaciones y la Teología de la Liberación. A semejanza de su homóloga en el Frente Sandinista, una Oficina de Asuntos Religiosos del PCC hacía el seguimiento nacional de Iglesias y cultos. Otras dependencias del partido se encargaban de los religiosos del resto de América Latina. Hacia 1988 la atención del equipo político cubano se volcó por completo hacia las consecuencias previsibles de la visita de Juan Pablo II para hacer las recomendaciones pertinentes. El libro *Fidel y la religión* del religioso izquierdista brasileño Fray Betto, que vendió 600.000 ejemplares en cinco meses, había dado la señal de partida para la apertura religiosa previa al recibimiento del Papa. Cuando el hecho ocurrió, el PCC tenía la certeza de sacar provecho. El documento de referencia de los presbíteros orientales confiesa que, a continuación de la visita papal, la Iglesia no supo qué más hacer y formula una velada crítica al miedo de la jerarquía a llegar demasiado lejos, “que nos lleva a sobreproteger a nuestra gente y a frenar su compromiso profético”². El planteamiento

² Véase nota 1.

suscribe la línea de firmeza y autonomía del arzobispo de Santiago de Cuba, Pedro Meurice, que los observadores contraponen a la del Arzobispo de La Habana, cardenal Jaime Ortega.

Hijos de Guillermo Tell

La discusión sobre la *perestroika* prohió en Cuba la emergencia de una conciencia generacional difusa. La organización creada por Fidel para asaltar el cuartel Moncada fue denominada ‘Generación del Centenario’ (por el centenario del natalicio de José Martí, 1853-1953), para rescatar una modalidad de identificación muy importante en nuestra historia política republicana. Sin embargo, esta modalidad se desactivó luego. El proyecto de democracia sustantiva de modelos como el fidelista, alternativos a la democracia representativa, supone liquidar mediaciones entre los gobernados y el Estado paternalista y benefactor. El Estado, a su vez, se confunde con el partido único y las organizaciones de masas bajo su control, quienes funcionan como intermediarios exclusivos. Los partidos, Iglesias, asociaciones y perspectivas que fraccionan la masa de los gobernados son disueltos, o limitados y severamente controlados. El esquema, analizado en detalle por los sociólogos, puede acelerar la modernización en una primera fase antes de descomponerse, evolucionar o transformarse de manera más o menos prolongada.

Los que éramos adolescentes al ocurrir en 1959 el triunfo revolucionario, nos hicimos adultos juntos, en las trincheras, a la espera de la invasión norteamericana y sin tener pelo largo, jeans, Bob Dylan ni Beatles. A continuación, en los sesenta y los setenta, juntos tarareamos a Silvio, nos volvimos responsables, reflexivos y leímos *Pensamiento Crítico*, Marx, Weber, Mariátegui, Gramsci y Marcuse en buenas y baratas ediciones cubanas (algunas de acceso restringido y recogidas después, es cierto). Fue una lástima que en los ochenta, apenas nos acercábamos a identificar los lazos comunes y comenzábamos a acceder a cargos importantes, no tuvimos la astucia para aprovechar que uno de nosotros se convertía en el sucesor natural de Fidel. Se especula que las ambiciones prematuras de Carlos Aldana en la Secretaría del Comité Central del PCC, donde acumuló Relaciones Internacionales, Prensa, Ciencia, Cultura e Ideología (1986-1992), motivaron su jubilación anticipada. Supongo que el único cuarentón, aislado en la dirección superior del PCC perdió el equilibrio en alguno de los constantes malabarismos políticos, obligatorios para evadir zancadillas de los viejos ‘históricos’. Aldana era inteligente, analítico, capaz y contra-

dictorio. Emitía en privado directrices casi pluralistas en sus áreas de competencia, mientras sostenía en público el discurso de intransigencia dura que erosionó su credibilidad. Los nacidos después de la revolución, que representan el 55% del total de la población, desconfiaban de Aldana y los suyos. Preferían entenderse con el Secretario General de la Unión de Jóvenes Comunistas, Roberto Robaina, que estaba a mitad de camino en edad. Los muchachos de los 80, que en la actualidad conforman el principal grupo de emigrantes de la isla, leían más literatura que ciencias sociales, ofrendaban el corazón a Gorbachov y se perfilaron mejor como generación. Si no consiguieron modificar las reglas, estremecieron el juego en Cuba con la demanda un tanto desmesurada que sintetizaba la canción-símbolo de uno de ellos: “Guillermo Tell no comprendió a su hijo/que un día se aburrió de la manzana en la cabeza/Echó a correr y el padre lo maldijo,/ ¿pues cómo entonces iba a probar su destreza?/Guillermo Tell: tu hijo creció, quiere tirar la flecha./Le toca a él probar su valor usando tu ballesta/ A Guillermo Tell no le gustó la idea/ y se negó a poner la manzana en la cabeza,/diciendo que ‘no era que no creyera,/ ¿pero qué iba a pasar si sale mal la flecha?...’”.

La ejecución del general Arnaldo Ochoa y otros tres inculpados en un controvertido proceso (julio, 1989) es el acontecimiento terrible y emblemático que clausura una etapa. Se ha dicho que, con ello, la revolución cubana perdió su inocencia. En verdad, la inocencia empezó a perderse en la década anterior en Angola. A diferencia de Granada y Nicaragua, donde predominaron misiones civiles, o de Etiopía, donde se libraron batallas tradicionales de blindados, una porción significativa de los 300.000 cubanos que pasaron por Angola (1975-1988) se involucró a fondo en la guerra civil. En los ratos libres de un curso intensivo en Cuba para jefes de unidades pequeñas de infantería, mis compañeros veteranos de Angola evocaban a menudo episodios del aplastamiento de la rebelión del comisario político superior de las Fuerzas Armadas Populares de Liberación de Angola (FAPLA), Nito Alves. En 1977, Alves, un comandante negro con hazañas legendarias en la lucha contra los portugueses y muy popular en la tropa, protestó sin resultados por la excesiva presencia de Cuba y la discriminación que ejercía la minoritaria elite mulata angolana. Encabezó en Luanda, la capital, un alzamiento que hubiera triunfado si no fuera por la intervención de los cubanos. Algunos de mis compañeros, que estuvieron entre quienes capturaron y ejecutaron a Alves y a sus principales colaboradores, contaban que en las FAPLA la simpatía por Cuba nunca volvió a ser igual. Sin embargo, sus peores recuerdos se referían al comportamiento con los civiles de las aldeas durante las operaciones contrainsurgentes del ejér-

cito cubano en el sur de Angola. Por orden del ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), Raúl Castro, los jóvenes cubanos con estudios secundarios que cumplían el servicio militar obligatorio en operaciones contrainsurgentes en Angola ingresaban sin más trámites a la Universidad. Fueron a la Universidad e hicieron valer el principio no escrito de que el derecho a criticar en Cuba se gana en combate. Lo común era que familiares, administradores o profesores interrumpieran a los jóvenes cuando ellos esbozaban observaciones críticas. Les enrostraban su escasa trayectoria, que contrastaban con las batallas en la Sierra Maestra, o las bombas en las ciudades de sus mayores, en la lucha contra la tiranía de Fulgencio Batista (1952-1958).

Final de partida

El comportamiento parabólico, o sea, la añeja práctica de apuntar para un lado y disparar para otro, alcanza un desarrollo impresionante en mi país. No obstante, en el corto período de definiciones que relato, fue abandonado por los muchachos del 80 que actuaban como si la batalla por la transparencia estuviera ganada. Tomaban poética por política. Primaban en ellos convicciones de que la fórmula de los problemas radicaba en una reunión con Fidel, donde fundamentarían las bases de la *perestroika* en Cuba y si no eran escuchados los soviéticos la impondrían. Los profesionales que coincidíamos con los jóvenes en muchos aspectos, no creíamos en una solución desde afuera. Sospechábamos que Fidel era el principal escollo a vencer. No encontrábamos viable desafiarlo abiertamente: el obstáculo habría que vadearlo mediante una combinación de cautela, paciencia, tiempo, suerte y todos los aliados posibles. Visto en perspectiva, era utópico el objetivo de crear un clima de opinión y una convergencia de fuerzas que doblegara al Presidente cubano. A cada centro de trabajo o estudio conflictivo se había asignado un oficial del Departamento de Seguridad del Estado que coordinaba una red de informantes. No obstante, intentamos algo en pequeña escala. Se sobreentendía que no ayudaban los anticuerpos que la experiencia soviética generaba en sectores que tenían que ser sumados a la causa. Propusimos a un grupo de universitarios agitar con la política de rectificación fidelista y tratar de dotarla de contenido renovador. Moverse dentro de la ortodoxia más estricta tendría la ventaja adicional de facilitar el sondeo de figuras de peso en el gobierno y el PCC. Los estudiantes engancharon y pusimos mano a la obra. Todo se vino abajo cuando los muchachos se consideraron en el deber de protestar ante un alto dirigente por el acentuado culto a la personalidad en Cuba, durante una sospechosa

reunión citada de un día para otro y con carácter obligatorio, en el Palacio de la Revolución. En lo más tenso del debate, apareció de improviso Fidel, quien la emprendió a gritos contra los jóvenes. La anécdota tuvo reediciones sin participación de Fidel, que fueron el preludio de sanciones, expulsiones y restricciones.

El medio millón de habaneros que recibió en abril de 1989 al Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética, Mijail Gorbachov, tenía ya el júbilo apagado, programado y controlado por las autoridades locales. Gorbachov tampoco se salió del libreto y dijo lo que ya se sabía: la Unión Soviética no presionaría por reformas. En Cuba, Fidel tenía siempre la última palabra y el año se había iniciado con el discurso de la frase “Socialismo o Muerte”. Por si quedaban dudas de a cuál socialismo se refería, añadió, enfatizando con voz rasgada: “¡Marxismo-Leninismo o Muerte!”.

Con mis amigos presentía que Fidel estaba por decir algo semejante, aunque no esperábamos que lo dijera con ese énfasis. Significaba el fin de las expectativas de reformas desde arriba, típicas de los modelos monopartidistas, que era lo realista entonces. Llamados, como el que formulan los presbíteros en las conclusiones del texto aludido, a “despertar la creatividad y alentar la participación”, pueden tener validez en condiciones nuevas, aunque las incógnitas acerca del ‘cómo’ no están despejadas tampoco en el presente. El socialismo caribeño fue más benefactor, igualitario, popular, movilizador y masificador que los implantados en la ex Unión Soviética y el este de Europa. Gracias a ello, dispuso desde los inicios de recursos superiores de coacción, suficientes para neutralizar sin aspavientos las amenazas.

La indefensión nos paralizó en cuanto el gobierno optó por apretar amarras. Se redujo la autonomía para comentarios radiofónicos sugestivos, se suspendió la circulación de publicaciones soviéticas y se llenaron las iglesias para rezar por la venida del Papa. Mientras terminaban de entrenarse las Brigadas de Acción Rápida, que permiten enmascarar la cosa mediante el empleo de contingentes civiles, la policía se encargó en persona de castigar conciertos de rock, tertulias literarias y exposiciones plásticas irreverentes. Creíamos desaparecidas con la dictadura de Batista aquellas golpizas policiales en plena calle. Varias funciones de ‘police as usual’ ocurrieron a vistas de exiliados sudamericanos, tan sorprendidos como los espectadores cubanos. Cada cual tendió a reaccionar en la ocasión de acuerdo a sus reflejos condicionados: el sudamericano a reclamar al policía y proteger al golpeado, el cubano a desentenderse y apretar el paso. En resumen: Guillermo Tell no se puso la manzana en la cabeza y los cubanos, sin *perestroika*, se lanzaron a la espera estoica.

ANEXO

CUBA DESPUÉS DEL PAPA*

Introducción

En los días previos a la visita del Papa a Cuba todo el mundo esperaba algo. La Iglesia, mayores espacios para realizar su misión; los presos, la libertad; las amas de casa, que se les diera más comida; el pueblo, que se le resolvieran sus problemas. Pero también se sospechaba que las enormes expectativas no serían satisfechas con la visita papal. Ahora bien, año y medio después de esa histórica visita papal a Cuba, sí podemos preguntarnos: ¿dónde estamos y qué conseguimos con la visita del Papa a nuestro país? A eso pretendemos responder con las siguientes reflexiones.

Sugerencias y positivas críticas papales

Todas las expectativas generadas encontraron eco y encarnación en una frase que, para muchos, sintetizó y concretó el mensaje del Pontífice a Cuba y a los cubanos: “Cuba debe abrirse al mundo, el mundo debe abrirse a Cuba”. La frase resultaba certera, pues se refería al doble bloqueo que padece la población cubana: el interno, impuesto por el sistema comunista, y el externo, que se sintetiza en el embargo comercial norteamericano a la isla. Para los que sólo afirman la importancia del primero, el problema de Cuba se resuelve a partir del cambio interno, con la evolución, transformación o disolución del actual sistema. Para los que culpan de todo al bloqueo externo, con su levantamiento (decisión que depende de un gobierno foráneo), se alcanzaría la solución del actual y difícilísimo estado de la nación.

Bastaría una mirada desapasionada y objetiva para descubrir que nuestros problemas son de tal calibre, que involucran decisiones internas y externas, personales y colectivas, de dentro y de fuera de Cuba.

Otra ‘idea-motor’ del Santo Padre fue que los cubanos debíamos ser los protagonistas de nuestra propia historia. Esta exhortación al protagonismo de la gente encierra una doble crítica: por una parte, al paternalismo que nos hace esperar todo ‘desde arriba’; por otra, al inmovilismo que nos

* Material de trabajo que sirvió para un encuentro de presbíteros de las diócesis de Santiago de Cuba, Holguín, Bayamo-Manzanillo y Guantánamo. Publicado en *Miami Herald*, Miami, 26 de septiembre de 1999, p. 29A.

lleva a esperar soluciones ‘desde afuera’, a cruzarnos de brazos para que sean otros ‘los que nos saquen las castañas del fuego’. La solución vendrá desde dentro y desde adentro: de nuestro pueblo y del corazón de nuestra gente, o no será solución. Ahora bien, cabría preguntarnos, ¿qué nos ha impedido, o impide, tomar en nuestras manos las riendas de nuestra vida y nuestra historia? Para responder a esta pregunta debemos analizar, aunque sea brevemente, el fenómeno del totalitarismo en el que hemos estado inmersos, de una u otra forma, en los últimos 40 años.

Los comunistas cubanos no inventaron el sistema totalitario, sencillamente adaptaron su versión marxista-leninista y se ‘beneficiaron’ de la larga experiencia existente al respecto. Al enfrentarse a EE.UU., la única puerta que quedaba abierta al gobierno cubano era la de una alianza estratégica con el bloque contrario a los americanos: el oriental, liderado por la Unión Soviética.

Si la matriz de la que ha brotado el totalitarismo es la guerra, la violencia, el objetivo que persigue es el de la destrucción y reconstrucción total de una sociedad de masas a partir de postulados ideológicos y mediante mecanismos de organización y control que utilizan los más modernos artificios de la ciencia y de la técnica. Moviliza las fuerzas históricas hacia una meta: el establecimiento de un poder político absoluto, en manos de un partido único, que reina sobre ‘un pueblo unido que jamás será vencido’.

Estamos pues ante un control tan absoluto sobre los espíritus y los cuerpos de los hombres que tal vez ningún monarca o gobierno ha tenido la posibilidad de un control así sobre la gente, ni pareja capacidad de planificación y control sobre los individuos y sobre las sociedades. La radio y la televisión permiten además un control indirecto y sofisticado que ‘programa’ las conciencias desde dentro y sin que apenas lo perciban los mismos individuos programados. Todo esto hace al sistema totalitario de una eficacia diabólica en el dominio de la gente.

El síndrome de indefensión aprendida o ‘no se puede hacer nada’

En un segundo momento conviene analizar las consecuencias que provoca en los seres humanos una continua y prolongada exposición a las políticas del sistema totalitario. Lo llamaremos con el nombre de ‘síndrome de indefensión aprendida’ o de ‘desesperanza inducida’. Así, la propaganda generada por el régimen va encaminada a convencernos de que es imposi-

ble el cambio, o de que el cambio acabará en caos; esto es, que no hay salida posible para la actual situación.

Pero estas ideas, actitudes y situaciones que configuran un estado de indefensión, sólo funcionan si son asumidas por aquellos que las padecen. Cuando el síndrome de indefensión aparece en los seres humanos, está sustentado por ideas, actitudes y experiencias repetidas.

La Iglesia ante la encrucijada del presente y del futuro

Hace 40 años, cuando comenzó la experiencia comunista en el país, la Iglesia levantó la voz y se enfrentó a la nueva realidad.

El enfrentamiento de la Iglesia que denuncia la presencia comunista en la revolución y su giro hacia una izquierda radicalizada, tuvo como consecuencia el desmantelamiento de la Iglesia, sus medios de acción y sus instituciones. Quizás hubo error de cálculo acerca de la ‘fuerza’ de la Iglesia que en los cincuenta primeros años del siglo había podido crecer en número, presencia y prestigio en la vida nacional, como dijo monseñor Pedro Meurice en su discurso de bienvenida al Papa. El corto e intenso período de enfrentamiento fue acompañado de una ‘política’ de desalojo involuntario y voluntario del país. Se aconsejó a los fieles por algunos pastores que se fueran de Cuba, y los mismos agentes de pastoral alertados por sus superiores, o por decisión propia, comenzaron a abandonar el país. Sin embargo, hay excepciones a nivel de laicos, religiosos, religiosas y sacerdotes. A los que no se fueron, el gobierno los fue dejando a la Iglesia en estado de sobrevivencia.

Cuando la Iglesia comienza a reconstruir sus fuerzas y reiniciar su trabajo se enfrenta a una realidad que no sólo le es hostil, sino que domina todo el espectro de la vida socioeconómica, cultural y política del país.

Como sabemos, en 1980 la Iglesia inicia un proceso de renovación interna con la Reflexión Eclesial. Este proceso, que culmina con el ENEC (Encuentro Eclesial Nacional Cubano), se caracteriza por la búsqueda de nuestra identidad y vocación histórica y existencial a la luz del Evangelio y al servicio de nuestro pueblo.

Todo el pueblo de Dios, a través del documento final del ENEC y los obispos, como pastores de la Iglesia, en repetidas ocasiones y de modo directo con el gobierno, ante la crisis generada por la caída del marxismo en Europa, y ante la profunda y crítica situación del país, propusieron un ‘diálogo nacional’, que respetando la diferencia y competencia de las partes, incluidos los cubanos en el exilio, diera paso a soluciones audaces,

amplias y eficaces que movilizaran las fuerzas morales y materiales de la nación. Era darnos un voto de confianza los unos a los otros, y desde ahí ‘poner proa al futuro’. Los comunistas cubanos ante la grave alternativa de ‘conservar el poder o salvar la patria’ han elegido lo primero, reforzando los comportamientos totalitarios de vivir en la mentira y manteniendo los paralizantes esquemas de indefensión que ya analizamos, aun sabiendo que por ese camino no se llegaba a ninguna parte, como lo demostraba la experiencia de sus antiguos socios del bloque comunista. Fue entonces cuando los obispos, después de una espera larga y reflexiva, se decidieron a publicar su carta “El amor todo lo espera”. La acogida de esta carta por parte del pueblo cubano marcó un giro en la historia reciente del país. Una parte considerable del pueblo se vio reflejado en las palabras de los obispos, sus esperanzas, sus angustias, sus problemas... Los caminos para una posible solución quedaron recogidos en aquella carta sabia y valiente, que supo conjugar genialmente prudencia y audacia.

El gobierno hizo ‘oídos sordos’ al clamor del pueblo expresado proféticamente por boca de los obispos. La Iglesia continuó con sus esfuerzos por lograr una salida pacífica y negociada a la situación que no excluyera a nadie. Para muchos, la dificultad más grave de llevar adelante esta propuesta es no sólo la falta de voluntad de diálogo del gobierno y el partido, sino además la inexistencia en el país de una contraparte organizada: sociedad civil, movimientos sociales o grupos políticos que asuman ese papel de contraparte, de interlocutores válidos del Estado, que se mantiene típicamente totalitario (o posttotalitario). El discurso oficial mantiene esta tesis, haciendo resaltar la debilidad de la disidencia y el hecho de que está penetrada por los cuerpos de seguridad estatal y que, además, depende de apoyos foráneos para su sobrevivencia.

La disidencia, eminentemente pacífica, no tiene ni reconocimiento ni un apoyo firme por parte de la jerarquía, al menos no lo percibimos así. El máximo esfuerzo por desbloquear la realidad cubana lo hizo la Iglesia con la visita del Papa a Cuba en enero de 1998. La movilización del pueblo, el impacto a nivel de nación, ciudad, barrio, familia y corazón de esos cinco días no han tenido precedente en nuestra historia como Iglesia.

El pueblo apoyó a la Iglesia, escuchó al Pontífice y vibró con el mensaje evangélico que él transmitió a lo largo de esos días. Nadie, ni dentro ni fuera de Cuba, niega el éxito de esa visita papal. La pregunta que nos estamos haciendo desde el inicio de nuestro encuentro, sigue sin embargo en pie: ¿qué ha pasado después?

La improvisación como talante y la actitud paternalista

La improvisación y la provisionalidad se han convertido en parte integrante del ‘ser nacional’ y han ‘infiltrado’ a la Iglesia y a nuestra pastoral. Sin darnos cuenta, el desgaste de esta situación nos marca con su sello. Esto es hasta cierto punto inevitable en una situación como la nuestra: vivimos en un país sin futuro donde la cotidianidad —entendida en su forma más rastrera— se vuelve el horizonte. Pero, precisamente por eso, la Iglesia debe insistir, con su gente, en esa necesaria proyección de miras e identificación de objetivos. Hijo de la improvisación, el cansancio puede agotar nuestras fuerzas.

En esta edificación del hombre según el modelo de Jesucristo, tendríamos que plantearnos el grave problema del paternalismo que se manifiesta en las relaciones de nuestros obispos con nosotros y de nosotros con nuestros laicos en no pocas ocasiones. Es ese miedo a que lleguen demasiado lejos, que nos lleva a sobreproteger a nuestra gente y a frenar su compromiso profético. Debemos recordar que por bastante tiempo muchos de nosotros nos hemos sentido ‘seminaristas que celebran misa’, y que nada colabora más con la maduración y el compromiso de los sacerdotes en un presbiterio, o de los laicos en una comunidad, como el sentirse responsable de las decisiones que se han discutido y tomado en común.

Edificación de la Iglesia y servicio al pueblo

A veces escuchamos voces que dicen: ‘No debemos arriesgar todo lo que hasta ahora hemos logrado’. Esta afirmación recuerda aquel relato de Karel Capek en su libro *Apócrifos*. Capek fabula en torno a la sicología de Lázaro, el amigo del Señor, después de salir del sepulcro: la experiencia de la muerte fue tal, que Lázaro le coge miedo a la vida, y lo que ésta comporta de riesgo. Vive una vida de absoluto temor, rehuendo ese compromiso que siempre supone algo de riesgo. No creemos que nadie medianamente sensato quiera volver al año 61, al tiempo de las confrontaciones. Pero al mismo tiempo, no podemos renunciar al compromiso que nos supone la situación del país: no podemos quedarnos callados ni de brazos cruzados.

Para los que oprimen a los pueblos, sean del color que sean, cualquier acción de la Iglesia en pro del respeto a los derechos humanos, a la justicia y a la libertad, será interpretada como ‘meterse en política’.

Monseñor Meurice lo expresó muy claramente en su discurso de recepción del doctorado honoris causa en la Universidad de Georgetown:

Por otra parte, mientras el pueblo sufra alguna injusticia o limitación, por pequeña que sea, la Iglesia debe hacer de esas necesidades y dolores de su pueblo un punto cardinal del contenido de sus relaciones con el Estado. De lo contrario, la Iglesia sólo reclamaría lo que pudiera ser considerado como sus derechos institucionales o concernientes a su vida interna, pero para los seguidores de Jesucristo estas demandas nunca pueden estar separadas de los derechos de sus gentes.

Cuando el pueblo sufre no ya 'alguna' sino tanta injusticia o limitación, la responsabilidad de la Iglesia se hace incomparablemente mayor.

La pobreza en la Iglesia y el éxodo de los cristianos

Un tema que no podemos dejar de tocar es el del éxodo, que una vez más amenaza a nuestra gente. En el éxodo encontramos la respuesta individualista tradicional que los cubanos hemos dado a los problemas del país. La Iglesia debe tener el valor de denunciar esta actitud descomprometida con la suerte del pueblo. Debemos también enfrentar el éxodo de los sacerdotes que tantas veces hemos achacado de manera superficial a razones de índole material, sin cuestionarnos si nuestra Iglesia estaba motivando suficientemente el compromiso de sus miembros, clérigos y laicos. Para conseguir salir de la indefensión inducida es elemento esencial el compromiso personal, el lento camino de la conversión y de la entrega. Una Iglesia que no sea capaz de despertar ese espíritu de sacrificio, esa militancia martirial, jamás será luz en la oscuridad totalitaria. Pero no todo está perdido... 'si alguien viene a ofrecer su corazón'.

Finalmente... el diálogo

El diálogo ha sido el tema siempre recurrente en los últimos 20 años de vida de nuestra Iglesia. Desde comienzos de la REC, a principios de los 80, hemos propuesto una y otra vez el diálogo como el único camino de salir de nuestra situación. Recientemente, en su intervención ante la XXVII Reunión Interamericana de Obispos, en febrero del 99, monseñor Adolfo Rodríguez Herrera volvería a insistir en el tema. Y con razón.

Pero hay una contradicción esencial en la proclamación del 'diálogo nacional' como salida a la actual situación del país y la implícita dejación de ese diálogo en manos de un Estado que lo ha negado repetidas veces en

el plano de los hechos e incluso del derecho. Entonces la propuesta del diálogo se convierte en una trampa de la que no podemos salir, porque ni siquiera hemos podido entrar en ella... Llega el momento en que nos debemos preguntar sobre las condiciones de posibilidad y la necesidad misma de iniciar un diálogo nacional en que pueda participar la sociedad civil, en los niveles en que ya está organizada (iglesias, asociaciones fraternales, grupos autónomos diversos...), con carácter civilista, no directamente político.

Juan Pablo II tuvo la audacia de cumplir, y con creces, teniendo en cuenta su estado físico y sus condiciones de salud, el compromiso de venir a Cuba y de darnos el mensaje que, a su entender, permitiría a esta Iglesia y a este pueblo retornar en propias manos las riendas de su destino. Nuestra Iglesia supo preparar su visita: con las misiones, llegando al pueblo casa por casa. El pueblo respondió al llamado de la Iglesia, y ésta demostró tener una capacidad de convocatoria que ni ella misma sospechaba.

Pero después de la visita no supimos qué más hacer

Nos da la impresión de que no teníamos preparada la respuesta si se daba lo que de hecho se dio: que el gobierno aprovechó la visita como propaganda exterior y como confirmación interna del statu quo. Decir que esto era lo que esperábamos no es decir verdad. Sin embargo, era perfectamente previsible. Lo triste es que pudiendo prevenirlo, no fuimos capaces de buscar alternativas, proponer otras salidas, generar procesos que dieran protagonismo al pueblo y una esperanza a nuestra gente. Pensamos que el quid de la cuestión reside en descubrir quién es el destinatario de nuestro mensaje, el verdadero interlocutor de ese diálogo que estamos proponiendo: el pueblo como protagonista de su destino, que decide caminar con sus propios pies, que se organiza y es capaz de luchar con los demás y por los demás... ‘con todos y para el bien de todos’. Aquí estamos para descubrir juntos cómo podemos lograrlo. El silencio de nuestra Iglesia ante las nuevas leyes represivas y por la suerte corrida por los cuatro disidentes que redactaron “La patria es de todos” es, cuando menos, preocupante.

El mensaje que demos de compromiso y esperanza de acción y de optimismo, de lucha paciente y de formación constante debe nacer de nuestro propio compromiso con la suerte de nuestra gente, de un análisis profundo de nuestra realidad y de una pedagogía liberadora. No hay libertad verdadera que no pase por el misterio de la Encarnación y por la experiencia de la Cruz. Todos somos responsables. El análisis del síndrome de

indefensión aprendida demuestra que es el trabajo, persona a persona, que es desde la toma de conciencia personal y desde el compromiso de cada uno como se puede superar la indefensión. Hay que analizar los mecanismos, los mensajes, las actitudes que provocan indefensión. Hay que promover acciones concretas, hay que enseñar a la gente a pensar y a tener sentido crítico, hay que despertar la creatividad, generar procesos de participación: sólo entonces saldremos del temor y aportaremos lo mejor de nosotros mismos: la edificación del reino de verdad, justicia, paz, amor, como nos lo enseña Jesús en las Bienaventuranzas (Mateo 5, 1-12 y Lucas 20-23); y como poéticamente lo describe José Martí en su Rosa Blanca. □